

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

Juan DelVal
El animismo y el
pensamiento infantil

**J. Halliday
y G. McCormack**
El nuevo imperialismo
japonés

Arthur M. Hocart
Mito, ritual y costumbre
(Ensayos heterodoxos)

Roland Barthes
El placer del texto

Peter Janke
Mendizábal y la
instauración de la
monarquía constitucional
en España (1790-1853)

Christian Palloix
Las firmas
multinacionales
y el proceso de
internacionalización

ESTUDIOS DE HISTORIA
CONTEMPORANEA

Jacques Maurice
La reforma agraria
en España en el siglo XX
(1900-1936)

Emilio Rubín, 7
Telf. 200 09 78
Madrid-33 España

ARTE • LETRAS • ESPE

dose de un poeta de difícil comprensión— fue amado por él. Su vida, su poesía y hasta su muerte están íntimamente ligadas a Chile. En este libro se ven claramente el porqué y el cómo de esta ligazón; no se trata de un vano rebuscar en la vida íntima de un hombre público, sino en una explicación, apoyada en documentos, de su obra y de su momento histórico. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

El ejército de Melville una noche el río pasó

Sobre todas las consideraciones, he aquí un Moderno (1). No menos que Rimbaud. Por eso es bandera. Tan calcada como la que Breton adjudicó al vuelo de Artaud. Tan bella y sin fronteras.

Nadie ha llegado en la literatura norteamericana (y muy pocos en otras: habría que hablar de Nerval, de Quevedo, de Hölderlin, de ese jugador a cara o cruz que es Dostoievski) más allá. Quizá algún momento del último Pound, en la crispación de sus ojos de exiliado. Alguna página abisal de Poe. Faulkner iría por otro lado. Scott Fitzgerald es polvo de estrellas, el más desesperado del siglo.

Herman Melville nació en Nueva York, el 1 de agosto de 1819, hijo de una familia acomodada. A los once años se trasladó a Albany, donde comienza a escribir en el periódico local de Lansingburgh. Atravesó la juventud como en un duelo de legendarios pistoleros. En 1841, rotos todos los sueños, se hace a la mar, en New Bedford, a bordo del «Acushnet», un ballenero que él inmortalizaría bajo el nombre de «Pequod». Hasta octubre de 1843 llevará la vida de oro de los irredentos. A su regreso a Norteamérica empieza a escribir:

(1) Herman Melville: «Moby Dick». Traducción de Julio C. Acerece. Edición completa. Editorial Brujerna, Colección «Jovias Literarias».

Typee, Omoo, suma de sus aventuras en las Marquesas y Tahití; **Mardi, Redburn.** Y **White Jacket**, violento y misterioso, donde se abre la flor carnívora del primer Melville. Después, un día, una pequeña historia de sus aventuras en los balleneros termina por devorarlo. Y nace **Moby Dick**, apadrinada por Shakespeare y la desesperación. El libro fue terminado muy rápidamente —un año (Melville contaba treinta y uno)— y publicado en el año 1851, en Londres, constituyendo un fracaso comercial. Después escribe **Pierre**, donde comienza a cristalizarse el delirio; **Bartleby** (su primera entrega, a cinco dólares por página, al «Putnam's Monthly Magazine»), el resto de las series Putnam's y Harper's, **Las encantadas**, el impenetrable **Benito Cereno**, **The Confidence Man**... A los treinta y seis años abandona la literatura. Ya no hará sino conferencias, los capítulos de **Battle-Pieces and Aspects of The War**, sobre la de Secesión, y el blanco muro del Silencio. Un triste empleado de Aduanas por espacio de treinta años. Un desconocido. Algunos poemas testimonian la tela de araña de la soledad. Byron llegó a ser su retrato. Melville conquistó la cristalería despedazada de **Bartleby**. Poco antes de morir vuelve a la literatura, como quien vuelve a un viejo y borroso amor ya perfectamente madurado por el tiempo, encajado. Y escribe su obra más serena, más orgullosa, «arisca, vil y bella»: **Billy Budd**, cuyo manuscrito terminó de corregir cinco meses antes de su muerte, en 1891, y que no se publicaría hasta 1924.

Y bien. Ahí está **Moby Dick**. Atravesando el tiempo y la memoria. Desapareceremos nosotros y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Ahí estará **Moby Dick**. Consagrada —como diría Blanchot del autor y su obra— y atraída hacia ese punto en que se somete a la prueba de su imposibilidad. **Moby Dick**:

¿Un drama épico y simbólico acerca del destino? ¿Una epopeya de muerte y venganza? ¿La destrucción del sueño americano? ¿La creación, más allá de todos los límites, de una nueva mitología? ¿El sexo que vio D. H. Lawrence? ¿Una maravillosa novela sobre el mar? ¿La puerta por la que todas las herencias —desde Homero a la rendición del general Lee— desembocan en el vacío? ¿El «silencioso ser del símbolo» que aseguraba Mann?

Más que todo eso. Con palabras del propio Melville: «**This incomprehensible world of ours**». El Orden y el Desafío.

Nada queda fuera de este texto incendiado. Es todas las obras posibles. Desde el Manual clasificatorio de cetáceos a la luz indescifrable de la blancura de la ballena (la misma luz que vio Poe en Arthur Gordon Pym y que lo cegó), todos los viajes de Sindbad (que también desembocan en «un mundo blanco como la plata, cuya grandeza nadie sabe sino El y lo ha poblado de ángeles, cuya comida y cuya bebida son Su alabanza»), el sueño de **Pierre** luchando con sus muñones en el Encelado, el silencio atroz de **Billy Budd**, el estertor de **Bartleby**. Están incluidos Alfred Jarry y la Revolución de Octubre, Giap y la última noche de Marcel Proust.

Orden y Desafío. El estremecimiento de la inmediata sensación de existencia —como asegura Blücker—. Ese abismo de donde brotan sus visiones, los signos de una experiencia sin red como el Infierno.

La historia del capitán Ahab y su persecución de la ballena Blanca, el torbellino de muerte y de luz donde se destroza, la calma infinita del Océano, indiferente como el cielo. Nada tan en el filo como esa lucidez espantosa de Melville. Muy pocos textos con la capacidad abrasadora de **Moby Dick**, su viaje alucinante, capaz de convertir los ojos primeros de un niño ya para siempre al esplendor, como nos arrebató a to-

dos cuantos hemos navegado con ese ballenero fantasmal y ese «ténébreux, veuf, inconsolable» capitán. «Le Prince d'Arquitaine à la Tour Abolite» más radiante de la literatura moderna.

El largo viaje del «Pequod» hacia su destrucción es nuestro viaje. El juramento de Ahab en su cubierta: «**Jurad vosotros que vais en la proa de la ballenera de la muerte: ¡Muera Moby Dick!**», nuestro juramento. Esa bandera de inteligencia y de alegría —como la que se ve por encima de los combates— que asegura para siempre nuestra vida. Y la esperanza de que pase lo que pase, somos radiantes e indestructibles. ■ **JOSE MARIA ALVAREZ.**



Stealer's Wheel: La amargura va por dentro

Una de las pequeñas decepciones de 1974 ha sido la aparente desaparición de Stealer's Wheel, que tienen a su crédito dos de los más interesantes LPs aparecidos en 1973. A principios del pasado año hubo anuncios de que ellos mismos se ocuparían de la producción del tercer álbum, vagas promesas de actuaciones... y nada más se ha vuelto a saber de Gerry Rafferty y Joe Egan.

Pero empezemos por las raíces. Rafferty era figura conocida en los clubs de «folk» por su estancia en los Humblebums, un curioso dúo que se complementaba con Billy Connolly, un cáustico humorista escocés. Sólo uno («The New Humblebums», Belter 70.012) de los tres LPs que grabaron ha aparecido en España. Tras la disolución del dúo, Rafferty lanzó